MADRE MARIA PEÑA en SEPTIEMBRE

Ya estamos en Septiembre, fecha que nos recuerda la despedida definitiva de Madre María Peña de la Cruz. Queremos hacer memoria de sus últimos momentos y despedida, que están recogidas en el libro que su hermano Carlos, (primer diácono permanente de Porto Alegre) escribió en su memoria. Le agradecemos (Ya junto a su hermana) el hecho de transcribir las notas escritas por su hermana y comentárnoslas con tanto cariño

Un año antes de su muerte escribe así…

*En caso de desánimo por no conseguir verme libre de la curiosidad y por consiguientes de las distracciones de la oración. Si no consigo vencer la curiosidad y las distracciones en el primer momento, no tengo que desanimarme. Tengo que luchar hasta la muerte, y si en esta hora Nuestro Señor me encuentra luchando, sé que ganaré la palma de los esforzados, porque Nuestro Señor quiere la lucha y no exige la victoria. Si después de una hora de oración, al hacer el examen, veo que, a pesar de haber luchado toda la hora, no conseguí librarme de las distracciones y de los pensamientos inoportunos, no me quiero desanimar. Ofreceré esta hora de luchas a Jesús, El viendo mis esfuerzos y sufrimientos, ciertamente estará contento. Madre Santísima, que siempre piense así. Confío y espero en tu protección; sin ti nada podre hacer de agradable a Jesús. ¡No tener miedo! Con Dios, con su gracia, podemos vencer todos los demonios.” (1962)*

Y muy cerquita de su despedida definitiva:

*Tengo la doble obligación de ser santa y santa muy grande, para pagarte tanto amor. ¡Muchas gracias, Jesús!, ¡Muchas gracias, Madre Santísima” (1963)*

Su enfermedad y muerte

**15 DE SEPTIEMBRE DE 1963**

La muerte sobrevino para Madre María Peña da Cruz en el día en que la Iglesia conmemora Nuestra señora de los Dolores, 15 de septiembre. Era al día siguiente de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Eran las 3 de la tarde, horario que también se atribuye al momento de la muerte de Jesús en la Cruz. Junto a la Cruz de Jesús, estaba María Santísima, la Madre de los dolores. Y fue en homenaje a Nuestra Señora de los Dolores, que Madre Peña, tomo desde el principio, su nombre religioso de María Peña de la Cruz. ¡Impresionantes coincidencias!

Podría parecer, a quien quiera establecer la analogía entre el nombre religioso de María Peña de la Cruz y las circunstancias litúrgicas que coincidían simultáneamente con el desenlace de esta vida, que haya en ello una evidente señal. Sobre esta señal, cabrá a cada uno hacer sus propias reflexiones y desde ahí recoger, quien sabe, descubrir el mensaje que le está siendo revelado.

María Peña da Cruz un día escribió en su cuaderno de anotaciones:

*Cuando rendida de dolor, en el lecho, mi cuerpo gima, y pudriendo, sufra, quiero que mi alma, Señor, no se acobarde; y sonriendo, te ofrezca los dolores para que reines en todos los corazones. Cuando llegue ese día, ayúdame y , si me acompaña tu gracia, al lado de tu Madre sufriré feliz”*  *(1959)*



De la religiosa que era superiora en la casa pionera de Brasilia, recibimos este extenso y cálido testimonio:

“Estén tranquilas, ella tuvo una muerte serene y no le faltó nada, ni espiritual, ni material. Se hizo todo lo posible para salvarla, pero la meningitis es traidora. Voy a contar la rápida enfermedad que en tan pocos nos la llevó.

El 30 de agosto (1963) fiesta de Santa Rosa de Lima, se levantó para la Santa Misa, después del café, me pidió acostarse un poco, pues llevaba unos días con un poco de gripe. Se levantó a la hora de comer y comió con todas, sin embargo, por la tarde se acostó de nuevo. Le dije que no se levantara al día siguiente, pero fue la primera en hacerlo y al ir al cuarto de baño gritó : ¡”Madre! ¡Madre!” Fui corriendo y la encontré medio desmayada. La llevamos para la cama donde le repito dos veces esa especie de desmayo, pero sin llegar a perder los sentidos. Después los perdió rápidamente una vez.

Llamamos al médico, que llegó inmediatamente, le miró la tensión, la temperatura, le auscultó el corazón, etc. y le dio cloromicetina para bajar la fiebre. No la dejó de tomar ni de día ni de noche, pues el médico pensaba que podía ser tifus y que sería conveniente que una persona quedara responsable de darle los medicamentos a la hora indicada.

Yo misma asumí ser su enfermera y nunca más me separa de ella, hasta el triste momento de su entierro.Pero empezó a mejorar y el médico le permitió que se levantara los días 6,7, y 8 saliendo un poco del cuarto, aunque estaba muy débil. El día 8, domingo, llego hasta la capilla para participar de la Santa Misa, y todas estábamos tan contentas con su mejoría, cuando el martes, día 9 despertó en una postración que llamamos al médico para que viniese con urgencia.

De nuevo, el médico le dio cloromicetina, y que había suprimido al desaparecer la fiebre, además comenzó a darle suero por la vena, pues desde ese día ya no se alimentaba.

Día 11 miércoles, la tifus se había complicado con meningitis. Fue internada en el hospital el día 12 a las 3 de la tarde acompañada por mi y otra hermana. Las convulsiones causadas por la enfermedad no la dejaban parar ni un minuto. Tenía que estar constantemente con suero por eso no podíamos dejarla sola.

Vino un neurólogo que confirmó el diagnostico y le sacó liquido de la columna para analizar. Entonces pasaron a ponerle inyecciones de sulfa cada dos horas y comenzó reaccionar bien. Pedía que rezáramos con ella y respondía perfectamente.

Son embargo, el domingo, 15 de septiembre a las 10 de la mañana, entró en una inconsciencia completa y a las 3 de la tarde dejó este valle de lágrimas para ir a gozar del merecido descanso eterno. Todavía hoy me parece sentir el ultimo latir de su corazón que fue recogido por mi… Su corazón que tanto amo a las almas, por ellas dando su vida. Trabajo en la viña del Señor hasta el fin y solo se entrego cuando no podía más.

Su muerte, todavía está siendo logradísima por la Comunidad de Hermanas y por las jóvenes acogidas de esta casa, fue para todas nosotras las que convivimos con ella, una dolorosa sorpresa.

La reverenda Madre Provincial llego el sábado por la mañana; madre Peña, en su lecho de moribunda, todavía la reconoció. Fue sepultada con numeroso acompañamiento, pues era muy querida por toda Brasilia, donde era muy conocida.

Los pobres, sus predilectos, cuando vienen ahora a nuestra puerta y no la encuentran, lloran y piden su foto, para tener un recuerdo. Todo esto nos consuela, al ver cómo era tan querida.

Los religiosos y religiosas de Brasilia, encabezados por el Rvdo. Arzobispo D. José Newton, participaron del cortejo fúnebre. D. José Newton la conocía y la fue a visitar al hospital, le dejó un crucifijo al que ella depositó su último beso. Antes de seguir a Roma para participar del Concilia Vaticano II, D. José Newton, vino a celebrar una S. Misa a nuestra capilla, por el alma de Madre Peña. En la homilía dijo palabras tan consoladoras que nos llenó el alma de paz. Se refirió al entusiasmo de Madre Peña por Brasilia.

Ella entregó su alma a Dios besando el crucifijo que le trajo el Sr. Cardenal Arzobispo de Brasilia. Esta preciosa reliquia fue confiada, con atenta deferencia de su Superiora a sus familiares. Ha sido muy venerado y una cuñada y un sobrino, cuentan gracias importantes recibidas que atribuyen a la intercesión de María Peña da Cruz.

**Repercusión de su fallecimiento**

En las casas de la Congregación donde Hermana María Peña vivió, la noticia de su muerte fue motivo de tristeza y al mismo tiempo, tierna alegría por el recuerdo de su presencia cautivadora.

*“Nunca la pude sorprender en la menor falta de caridad. Encontraba mil maneras de aliviar a todas cuando, ya de lejos, descubría alguna preocupación, tristeza o aburrimiento. Como era de constitución delicada, sabía muy bien evaluar las necesidades de sus hermanas”*

*“Por todas sus virtudes que se conocían y transparentaban en ella, era muy querida en esta casa. No solamente por lo útil y necesaria que era, sino por la caridad y buen ambiente que hacía”*

Después de su muerte, como las empleadas de hogar de Belo horizonte no podían hacer nada más que rezar, reunieron la cantidad necesaria para mandar decir misas. Las niñas recurrían a la Hermana Peña siempre que necesitaban, era como una madre para ellas. Madre Peña estaba siempre dispuesta a ayudar, a ser útil, presencia amiga e instructora de los deberes cristianos.

Era con Madre Peña con quienes las empleadas de hogar iban a hablar de sus problemas. Con todas siempre generosa. Era celosa especialmente con las niñas negras. Nunca olvidó lo que prometió en su profesión: dar la vida por la ultima de todas las empleadas de hogar, si fuera necesario. *“No había persona que conociéndola no la quisiera”*

*En nuestra casa de Penápolis, San Pablo, Madre Aparecida del Sagrado Corazón, prefecta de las internas, pidió auxilio a la intercesión de la fallecida Madre Peña Cruz, diciendo: Madre Peña, si estás en el cielo, dame una señal, que reciba rosas antes de romper el silencio mayor. Esto fue en el desayuno. Entonces, llamaron dos veces a la portería, pero una era para la profesora y la otra para las niñas. Cuando Madre Aparecida estaba llevándose la taza de café a los labios, llaman por tercera vez y querían hablar con ella. Una niña traía un ramo de rosas diciendo: “Madre, mi mamá le manda este ramo de rosas” Y la Madre le preguntó: ¿querida, son para mí o son tal vez para la capilla?” “Son para usted, respondió la niña”. Esto era al tercer día de la muerte de María Peña Cruz.”*